

Capítulo 1

Mamá, algún día seré modelo

Nadie sabía en casa que yo quería ser modelo, pero era lo que más deseaba en el mundo. Pensé que podía serlo cuando aún no había cumplido los quince años, y ese deseo coincidió con el inicio de mi enfermedad. Mi madre no soportaba los programas de televisión sobre la moda y la vida de las modelos, pero a mí me volvían loca y no me perdía ni uno. Ninguna de las dos decíamos palabra, y ella terminaba saliendo del salón mientras yo me quedaba pegada al aparato.

Y allí estaban las modelos del momento: Juncal Rivero, Inés Sastre, Remedios Cervantes, tan guapas, tan delgadas, tan elegantes con aquellos trajes que enseñaban en la pasarela. Caminaban arriba y abajo, se paraban, sonreían, se quitaban la chaqueta... Y yo hacía lo mismo que ellas, siempre que no hubiera nadie mirándome. Repetía sus gestos, sus desplantes, sus medias sonrisas... Deseaba con todas mis fuerzas ponerme uno de aquellos trajes y, ¡atento todo el mundo!, que luego yo, mirad cómo camino, cómo me quito los guantes, cómo me muevo y me recreo... Terminado el programa, me encerraba en mi cuarto y repetía una y otra vez ante el espejo los gestos aprendidos en la televisión, convertía el estrecho y corto pasillo de mi habitación en una pasarela y me aplicaba con disciplina a la difícil empresa de moverme con gracia y estilo enfundada en el uniforme escolar: una sosísima falda azul de tablas por debajo de las rodillas, una camisa blanca y calcetines y zapatos azules. Para salir a la calle utilizábamos jersey y chaqueta también azules, de forma que el conjunto quedaba bastante uniforme, pero sin ninguna gracia.

Precisamente porque me pasaba la mayor parte del día dentro del uniforme, lo que más me gustaba de aquellas mujeres que yo veía en la televisión era el *glamour* que las rodeaba, un mundo que yo imaginaba lleno de elegancia, sonrisas y lujo. Los sábados por la tarde, mi madre no trabajaba en la tienda familiar y se quedaba en casa con mi hermano y conmigo mientras mi padre atendía el negocio. Aquellas tardes eran muy agradables porque, libre ella de sus obligaciones laborales y libre yo de los deberes escolares, aprovechábamos para salir de compras o merendábamos ante el televisor. Así estábamos un día cuando emitieron un programa especial sobre la alta costura de Yves Saint-Laurent.

Aunque era sólo una adolescente, ya adoraba a Saint-Laurent. Sus trajes me parecían los más bonitos, los más lujosos y los más refinados y las modelos que los pasaban desprendían algo especial. Por eso me quedé pegada a la pantalla, por la que desfilaron modelos espectaculares, entre las que no había ninguna española. Un escalofrío me recorrió la espalda y me sentí con fuerzas para decir en voz alta:

—Mamá, algún día estaré ahí arriba.

Mi madre, que no estaba prestando atención al programa, me miró y no dijo nada. Luego me ha contado que sólo se permitió balbucear para sus adentros: «¡Dios mío!» y que decidió no hacer ningún comentario porque pensaba que si yo obtenía la llamada por respuesta quizás me olvidaría de las modelos.

Pero yo estaba decidida a ser modelo. Tenía la habitación llena de fotos de Linda Evangelista, Naomi Campbell y Cindy Crawford, que entonces estaban en la cima. Las tenía guardadas, porque sabía que mi madre pensaba que la moda era sinónimo de prostitución y ella, que procede de una familia religiosa, no estaba dispuesta ni siquiera a discutir el asunto. ¡Cómo iba a dejar que su hija se metiera en ese mundo! ¡Ni hablar!

A esa edad, a los catorce años, era una niña fuerte y alegre que estudiaba primero de BUP. Mi madre dice que era guapísima, más que ahora, y añade que no es pasión. Medía uno setenta y muchos y pesaba 68 kilos. Me encantaba comer, pero a lo bestia. Mi madre compraba unas bolsas grandes de bolitas de patatas rebozadas y congeladas y yo hacía competiciones con mi hermano, que es dieciocho meses menor que yo, para ver quién se las podía comer todas. Eso fue hasta el día en que cogí un empacho y ya no pude ni verlas. Mi hermano y yo desayunábamos ocho tostadas cada uno con mermelada y mantequilla. Y nos hacíamos unos bocadillos enormes para merendar. Abríamos la nevera y metíamos todo lo que encontrábamos: primero una loncha de jamón York, encima le añadíamos una de chorizo, luego otra de salchichón, otra de queso, otra de jamón serrano, así hasta que nos costaba trabajo meternos en la boca el trozo de pan, de alto que era. ¡Era maravilloso, podía comer todo lo que me gustaba sin reparar en que podría engordar! ¡Yo comía porque me gustaba comer y eso era suficiente!

Pero en aquella época feliz lo que más me gustaba eran las comidas del domingo, el único día de la semana que podíamos comer toda la familia junta, porque mi hermano y yo almorzábamos en el colegio de lunes a viernes y el sábado el negocio de mis padres también abría por la tarde. El domingo era fiesta en casa y mi madre, que siempre ha sido una magnífica cocinera, se esmeraba y preparaba estupendos asados, guisos de cordero o pastel de pescado, todo muy bien decorado y presentado, y unas tartas riquísimas, que no duraban muchos minutos sobre la mesa.

Mi hermano y yo nos relamíamos por anticipado y preguntábamos a gritos cuánto faltaba para comer una y otra vez. Teníamos prohibido entrar en la cocina porque mi madre siempre ha tenido mucho miedo de que pudiéramos quemarnos con el aceite, pero yo era la encargada de poner la mesa. Era un encargo que cumplía con mucho gusto porque me encantaba extender un bonito mantel y cuidar de que no faltara ninguno de los detalles que mi madre cuidaba tanto: los platos y vasos alineados, las servilletas dobladas en triángulo y situadas a la derecha, un pequeño centro de mesa y las fuentes bien presentadas. Nos sentábamos en el comedor, en una mesa ochavada situada cerca del

televisor. En las dos cabeceras se sentaban mi padre y mi hermano, mientras mi madre y yo nos colocábamos frente al televisor porque siempre comíamos a las tres y aprovechábamos para ver el telediario y charlar.

Yo solía terminar la primera y antes siquiera de que el postre estuviera encima de la mesa ya estaba preguntando:

—Mamá, ¿qué vas a poner de cena?

—Hija, termina de comer, que ya pensaremos qué vamos a poner en la cena —contestaba ella, asombrada de mi voracidad e impaciencia.

Tan sólo un año después, mi madre se sobresaltó cuando mientras todos disfrutaban de una estupenda paella yo, que me limitaba a marear los granos de arroz en el plato, le espeté en mal tono a mi hermano:

—¡Niño, por Dios, comes como un cerdo!

¿Qué me pasó en ese tiempo? ¿Por qué cambié tan radicalmente? Ni siquiera yo lo sé.

Siempre tuve problemas con un tobillo desde que en primero de BUP, con catorce años a punto de cumplir los quince, me hice daño en un pie haciendo gimnasia. Desde entonces, cada dos por tres estaba en la enfermería del colegio porque me molestaba y deseando romperme algún hueso para que me pusieran una escayola y mis compañeros estamparan su firma. Como todo lo que se desea con ahínco se consigue, logré hacerme un esguince de tobillo y pude lucir escayola y muletas. Iba a todas partes con las muletas: escaleras arriba, al metro, a las clases... no dejé de hacer mi vida normal, de forma que con el esfuerzo noté que había empezado a adelgazar.

Además, una compañera de clase también quería ser modelo y yo encontré en ella a la confidente perfecta. Las dos calibrábamos nuestras posibilidades y nos buscábamos los defectos que teníamos que superar si queríamos cumplir nuestros sueños. Ella era muy alta, como yo, pero muy delgada, de estas que tienen una constitución muy estrecha, que no tienen caderas ni tienen nada, por lo que me parecía que tenía más posibilidades y pensaba que si yo quería llegar a algo tendría que lograr ser como ella. Yo comía en el comedor del colegio y ella lo hacía en su casa, pero cuando volvía a clase siempre me preguntaba:

—Nieves, ¿qué has comido?

—Hoy he comido carne de membrillo con galletas de postre —le dije, ingenua, un día.

—Estás loca, te pondrás gordísima. A partir de ahora prohibidos los dulces y me dirás qué comes todos los días —respondió autoritaria.

Si lo piensas hoy dices: ¡qué bobada!, pero entonces me pareció palabra de Dios. Y me dispuse a cumplirla a rajatabla. Ella me controlaba y yo, obediente, hacía todo lo que me decía para no engordar, de forma que dejé de comer pan, cuando tenía hambre comía fruta y hacía flexiones por la noche.

La influencia de las revistas

Pero, además, me dejé llevar por los consejos de las revistas en las que venían dietas y recomendaciones. No tenía dinero para comprarlas, pero siempre había alguna en casa de mis tíos o en las consultas de los médicos y yo seguía sus consejos al pie de la letra. Por eso yo jamás cruzaba las piernas para evitar que me engordaran las caderas y me saliera celulitis; siempre estaba sentada recta como una vela, y seguía todos los pasos que indicaban las dietas de las revistas, de forma que si leía que comer fruta de postre engordaba no la comía. Entonces, como ahora, proliferaban las dietas milagrosas con las que perdías kilos en muy poco tiempo y yo hice alguna. Como suele pasar con estas dietas logré adelgazar un par de kilos en pocos días, pero los recuperé con creces enseguida.

Ese tipo de consejos corrían como la pólvora en la clase y pasaban de boca en boca. Sólo dos niñas queríamos ser modelos, pero recuerdo que había una gordita que siempre intentaba hacer dieta y nunca lo conseguía porque el placer que le daba la comida era superior al de verse delgada. Había otras dos que eran terribles, estaban todo el día intercambiándose las dietas y cuando íbamos de excursión ellas llevaban una fiambra con pollo y judías verdes mientras las demás iban cargadas de bocadillos, latas y galletas. Si a eso unes que llega un día en que también tu tía, tu abuela o la amiga de tu madre te dicen: «Te estás poniendo un poquito gordita, Nieves», ya tienes la bomba preparada para estallar.

Por eso los domingos mi madre se sorprendía con mis comentarios en la mesa: «¡Cómo coméis!, ¡a mí no me echéis tanto!, ¡comes como un cerdo!» A mis quince años, estaba intentando recuperar las formas de niña que había perdido al desarrollarme y, gracias a mis primeras dietas, había pasado de los 68 a los 66 kilos. Mi madre no se alarmó por los kilos que había perdido, sino por mi conducta, por mi forma de comportarme en la mesa y de hablar de la comida y empezó a ponerse pesada diciendo que a lo mejor estaba enferma y que debería verme un médico.

A primera hora, vestida de uniforme y antes de ir al colegio, me llevó al médico. Yo tenía entonces quince años, era alta y me estaba convirtiendo en una mujerona a pesar de mis esfuerzos por no tener formas de mujer. Pero todavía tenía buen aspecto y estaba sana.

—¿Qué le pasa a su hija, señora? —le preguntó el médico a mi madre.

—Estoy preocupada, porque pienso que pueda tener un principio de anorexia, no come tanto como antes, se comporta de una forma muy extraña en la mesa y está perdiendo peso —le dijo ella, angustiada.

El médico miró a la enfermera y se echó a reír.

—¿Pero alguien cree que una cosa tan guapa va a tener anorexia? Ésas son cosas de mamá —me dijo, haciéndose el gracioso.

—No estamos hablando de la cara de mi hija. Estamos hablando de lo que mi hija puede tener, pero usted no se preocupe porque no le voy a molestar más —le contestó mi madre, muy enojada.

A la salida de la consulta mi madre iba enfadada, pero no hizo ningún comentario. Con toda naturalidad, me propuso que fuéramos a desayunar a una cafetería y a mí me pareció bien porque todavía me gustaba comer. Ella tomó un café con una tostada y yo un vaso de leche y un *croissant*.

Yo estaba feliz porque el médico me había dado la razón: no estaba enferma, lo que ocurría es que mi madre estaba obsesionada y demasiado pendiente de nosotros. Al final, iba a ser verdad lo que le reprochaba mi abuela materna, que de tanto controlarnos acabaríamos por enfermarnos. Más de una vez la criticó porque mi madre estaba siempre muy pendiente de nosotros y mi abuela pensaba que se excedía, sobre todo desde que a los cinco meses cogí un catarro muy fuerte y estuve hasta los cuatro años siempre acatarrada. Desde entonces, mi madre siempre estaba vigilándome y mi abuela le recriminaba: es que con mirarlos ya los pones malos. Por eso ella pensó que quizás su madre tenía razón y que, al fin y al cabo, yo sólo estaba intentando no parecerme a una de mis primas, que era muy guapa y muy alta, pero bien grandota.

Yo soy rubia con los ojos azules y ella es morena, guapísima, de ojos negros. Yo siempre fui delgada y ella gorda. Y desde pequeñas, en la familia nos han comparado.

—Mira Nieves lo delgada que está y tú cómo te estás poniendo —le reprendía mi abuela—. Ella siempre está lista y preparada y tu estás gorda y sucia.

Los adultos dicen cosas sin saber que hacen daño, pero quizás le hicieron daño a ella y me lo hicieron a mí. Porque cuando crecí y empecé a desarrollarme, a hacerme mujer, me aterrorizaban mis curvas y mi pecho y creía que iba a ponerme gorda como mi prima, que ahora es una mujer muy feliz, orgullosa de su cuerpo y sus kilos, una mujer maravillosa que nunca ha tenido complejos. ¡Ojalá todos fuéramos así!

Deslizándome hacia el abismo

Ese miedo a la gordura me atenazaba a pesar de que siempre he sido muy alta, tanto que de pequeña en el colegio me llamaban «patas largas», «patas de chicle» o «jirafa». Cuando empecé a adelgazar, cada kilo que perdía era como una victoria. Me sentía mejor y mejor y mejor hasta que me obsesioné brutalmente. Me miraba al espejo y me veía más guapa, así que cada vez reducía más la dieta, de forma que a partir de los quince años empecé a deslizarme hacia el abismo.

Dejé de ser la niña que comía todo lo que se encontraba por la casa. Por las mañanas, nada más levantarme, desayunaba zumo de naranja, leche y tostadas con mucha mantequilla. «¿Dónde vas con tanta mantequilla, mujer?», me decía mi madre, a lo que añadía *corn flakes* y magdalenas, que me volvían loca. Pero, poco a poco, reduje el desayuno a un vaso de leche desnatada, que en realidad era agua con un poco de leche; sustituí el bocadillo de media tarde por fruta, no probaba el pan, en el colegio me servía cantidades muy pequeñas para almorzar y redoblé mis ejercicios físicos.

Aunque mi madre sostiene lo contrario, no recuerdo que escondiera comida para evitar comerla, pero sí aprovechaba que por la mañana salíamos aprisa de casa para tomarme sólo el vaso de leche y decir que me comería el *croissant* por el camino. Claro está que lo guardaba en la mochila y no me lo comía. En el colegio casi no probaba bocado. Pude hacerlo sin que nadie se diera cuenta porque nos sentábamos en mesas largas en las que éramos quince chicos y chicas, en las que tú misma te servías lo que querías y nadie se enteraba si comías o dejabas de comer. Si a eso le sumas que estudiaba mucho y hacía mucho ejercicio, el resultado es que empecé a perder peso de manera evidente y muy rápido entre los quince y los diecisiete años.

Yo me pasaba horas en el cuarto de baño, pesándome y mirándome al espejo y mi madre, que estaba convencida de que estaba desarrollando una anorexia nerviosa, decidió tirar el peso que había en el baño y que ella utilizaba todas las semanas, ya que tenía tendencia a engordar y se controlaba mucho. Me prohibió que volviera a pesarme, pero yo no estaba dispuesta a renunciar a algo tan importante y lo hacía en las farmacias casi a diario. Guardaba como un tesoro y perfectamente ordenados por fechas los tiques que me devolvía la báscula con el peso y el día. Cada kilo que perdía era una victoria y me daba fuerzas para estar pletórica el resto del día; pero si alguna vez mi peso aumentaba, aunque fuera en 100 gramos, lo vivía como algo dramático, me entristecía y me sentía vacía e inútil.

La falda del uniforme me bailaba en la cintura y yo, para disimular, me la estrechaba con imperdibles, hasta que mi madre le metió un elástico en la cintura para que no se me cayera y para que, con el frunce, no pareciera tan delgada. Lo logró porque en el colegio nadie se dio cuenta de mi enfermedad. Recuerdo que cada año nos hacían una revisión médica y cuando el médico comparó el peso del año anterior comentó que pesaba menos, pero nada más. En realidad, entonces todavía tenía buen aspecto, era tan tímida y poco sociable como siempre y sacaba buenas notas.

Todas las tardes mi hermano y yo cogíamos el metro al acabar las clases e íbamos a casa de mi abuela paterna, que vivía con dos de sus hijas. Allí hacíamos los deberes hasta que mis padres nos recogían una vez que ya habíamos cenado. A mí me encantaba cenar una tortilla francesa y un vaso de leche, pero dejé de meter la tortilla en un pan y de tomar

la leche en un gran tazón en el que migaba galletas y, cuando podía despistarlas, sólo tomaba el vaso de leche o una manzana.

Mi abuela era muy mayor, tenía casi noventa años, y no sé cómo a esa edad podía tener tantas cosas en la cabeza y ser tan inteligente. Era muy cariñosa y elegante, tenía el pelo gris, hasta la cintura, recogido en una trenza, y los ojos azules, que he heredado y por eso soy la envidia de la familia. Aquellas tardes con ella las recuerdo con mucho cariño, eran maravillosas. Le gustaba acariciarme el pelo y se pasaba las horas rezando, siempre y cuando no transmitieran por la televisión una corrida de toros, su gran pasión. En esas ocasiones, yo me apresuraba a hacer los deberes para sentarme con ella frente al televisor y disfrutar de sus comentarios taurinos, ya que era una aficionada muy entendida y exigente.

Cuando mis padres cerraban el negocio nos recogían en casa de mi abuela y nos llevaban a casa. Yo me encerraba en mi cuarto hasta las doce o la una de la mañana y no paraba de estudiar hasta que me lo sabía todo con puntos y comas. Cuando terminaba, fuera la hora que fuera, retiraba la mesa y me tiraba en el suelo a hacer flexiones. Hacía veinte series de cincuenta flexiones antes de dormir, por lo que caía en la cama literalmente reventada y me dormía enseguida con la satisfacción del deber cumplido. Mi cuarto era muy pequeño, de forma que antes de tirarme al suelo tenía que colocar en la cama un gran oso de peluche amarillo, con un lazo azul, que fue el primer regalo de mi padre. Lo tengo desde que nací y todavía hoy sigue en un lugar preferente de mi habitación, en casa de mis padres. Mi madre ha intentado jubilarlo en varias ocasiones pero yo no lo consiento, porque para mí significa mucho.

Me faltaba poco para cumplir los dieciséis años cuando se me retiró la regla. A mí no me pareció nada extraordinario, pero mi madre, que estaba pendiente todos los meses, se dio cuenta, se alarmó y decidió llevarme al médico, convencida de que mi amenorrea se debía a la falta de alimentación adecuada. Yo me resistí y conseguí aplazar la visita en varias ocasiones gracias a mis lloros, pero finalmente tuve que ceder. Esta vez era una doctora joven.

—Hola, buenas tardes —dijo mi madre.

—La enferma es su hija, ¿verdad? —respondió la doctora tras echarme el primer vistazo.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Me lo vas a contar todo? —me preguntó.

—Nada, estoy bien —dije yo, con un hilo de voz.

Me tumbó en la camilla, me miró y, señalando los huesos de la cadera, me preguntó:

—¿Y esto que tienes aquí, qué es?

—Michelines —contesté yo sin pensarlo dos veces.

—Claro, efectivamente, son michelines —sonrió la doctora—. Pero como no te baja la regla vamos a hacerte varios análisis para saber qué te pasa.

La doctora me dijo que quería verme en su consulta cada ocho días y citó a mi madre al día siguiente. En su entrevista a solas, le comunicó que, a falta de los resultados de los análisis, el diagnóstico era anorexia y le recomendó que me llevara a una terapia, pero todavía no le dijo que yo podía morir. Yo me negué a volver a su consulta.